

Biblioteca pública y prácticas lectoras: consideraciones socioculturales para su estudio.

Public library and reading practices: sociocultural considerations for their study.

Jesús Esteban Penagos Santoyo¹

Jorge Magaña Ochoa²

Resumen

Este artículo combina metódicamente el análisis del trabajo de campo realizado como parte de la investigación titulada Región del encuentro: la relación de la biblioteca pública y sus usuarios, con un repaso e indagación de la literatura que aborda el tema de las prácticas lectoras desde perspectivas históricas y socioculturales. Se trata de un trabajo reflexivo, en cuya redacción se articulan observaciones hechas en campo con aportaciones de distintos autores académicos. Como resultado, se proponen una serie de consideraciones clave, de provecho para cualquier investigador en busca de estudiar las prácticas lectoras de las bibliotecas públicas desde una perspectiva sociocultural. Se aborda la importancia de repensar las nociones propias sobre la lectura y se discute la naturaleza diversa, cognitiva y social de las prácticas de lectura.

Abstract

This article methodically combines the analysis of fieldwork conducted as part of the research titled Region of Encounter: The Relationship Between the Public Library and Its Users with a review and investigation of literature that addresses the topic of reading practices from historical and sociocultural perspectives. It is a reflective work that integrates field observations with contributions from various academic authors. As a result, it proposes a series of key considerations valuable for any researcher seeking to study the reading practices of public libraries from a sociocultural perspective. The importance of rethinking one's own notions about reading is addressed, and the diverse, cognitive, and social nature of reading practices is discussed.

Palabras clave: Biblioteca, prácticas, lectura, sociocultural, usos.

Keywords: Library, practices, reading, sociocultural, uses..

¹Licenciado en Comunicación (UNACH), Especialista en Procesos Culturales Lectoescritores (UNACH), Maestro en Estudios Culturales (UNACH). Doctorante en Estudios Regionales (UNACH). Línea de investigación: Lectoescritura, , bibliotecas públicas, educación.

Correo electrónico: jesus.penagos85@unach.mx

²Coordinador del Doctorado en Estudios Regionales de la UNACH. Licenciado en Antropología Social (ENAH), Maestro en Ciencias de Desarrollo Rural y Recursos Naturales (ECOSUR). Doctor en Antropología Social y Cultural (Universidad de Sevilla). Líneas de investigación: Antropología médica, cultura, estudios regionales. Correo electrónico: jorge.magana@unach.mx

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9424-2814>

Introducción

Todo investigador debe ofrecer una ventana a las realidades sociales, para poder reflexionar sobre ellas y comprenderlas mejor, pero también es importante brindar coordenadas teóricas, para que otras personas puedan retomarlas y usarlas para orientar sus estudios. Después de todo, el trabajo de los investigadores debe inspirar y encaminar a otros y a otras a la hora de emprender sus propias búsquedas. Por ello, en este artículo decidimos elaborar una serie de consideraciones clave, que es prudente tener en cuenta antes de emprender una investigación acerca de las prácticas lectoras de una biblioteca pública.

Son consideraciones socioculturales, que abordan cuestiones que no siempre se toman en cuenta en la bibliotecología de enfoque funcionalista, que reduce a las bibliotecas a la función informacional y, en el proceso, presta poca atención a la dimensión social de la cotidianidad de las bibliotecas públicas, donde las prácticas lectoras suelen regirse por fines comunicativos, como parte de procesos sociales y formativos. Aquí, optamos por hacer hincapié en la naturaleza social y política de las prácticas de lectura, para diferenciar nuestras reflexiones de las teorías clásicas que se centran en la gestión y organización de colecciones bibliográficas.

Sin duda, la gestión de colecciones es un aspecto importante que merece ser estudiado, pero también lo son los contextos culturales en los que se sitúan las bibliotecas y las prácticas socioculturales que en ellas se desarrollan. Se debe tener en cuenta que las bibliotecas públicas no son bodegas de libros, carentes de vida social. Más bien son, como diría Daniel Goldin, lugares de encuentro con uno mismo, con otras personas y con acervos culturales (CERLALC-UNESCO, 2013). Recintos en los que se producen múltiples prácticas e interacciones significativas.

En este artículo presentamos una serie de coordenadas teóricas, que son producto de un proceso metódico que conjuga la indagación bibliográfica con el análisis de distintas observaciones hechas en la Biblioteca Pública Central del Estado, ubicada sobre la avenida central de Tuxtla Gutiérrez, capital de Chiapas en México. Se optó por hacer el trabajo de campo en esta biblioteca dado que es una de las más históricas y tradicionales del estado.

Decidimos estructurar el texto de la siguiente manera: en un principio, explicamos los pormenores del procedimiento metodológico que seguimos para elaborar este artículo. Después, presentamos tres consideraciones clave de enfoque sociocultural, en las que se abrevian las reflexiones que realizamos a partir de nuestro estudio y se explican las ideas que queremos proponer como relevantes para la investigación de las prácticas lectoras en las bibliotecas públicas. Finalmente, en las conclusiones, entregamos un último punto de vista, que sintetiza las ideas de nuestro escrito y hace hincapié en la importancia de la perspectiva sociocultural en el estudio de las prácticas de lectura.



Metodología

Este artículo se desprende de la investigación de doctorado titulada: *Región del encuentro: la relación de la Biblioteca Pública Central del Estado y sus usuarios*. Como su título sugiere, este estudio se realiza en la Biblioteca Pública Central del estado de Chiapas y explora la dinámica relacional que se desarrolla entre los usuarios, el espacio y los bibliotecarios. Como parte de este proceso se practica, de forma paralela, un trabajo de campo dentro del recinto y una búsqueda de fuentes bibliográficas que exploran el tema de la lectura y las bibliotecas, desde perspectivas históricas y socioculturales.

El instrumento principal durante el trabajo de campo fue la observación, con ella se conocieron las prácticas que los usuarios desarrollan en el espacio de la biblioteca. Una observación que supone distintos niveles de participación, desde la pasiva, hasta la que implica interactuar directamente con los usuarios (buscar libros, ayudar a los bibliotecarios, etc). Todo se registró en un diario de campo, del que después se extrajeron los pasajes necesarios para complementar los argumentos que se presentan en este trabajo. El reglamento de la institución no permite tomar fotografías de los usuarios, así que optamos por recurrir al dibujo, como recurso alternativo. Presentamos un par de sencillas ilustraciones que se realizaron para ofrecer una representación gráfica de un par de momentos relatados, las cuales se elaboraron con el apoyo de Dafné Avendaño Martínez, artista chiapaneca.

También implementamos la entrevista, aunque en forma de conversaciones breves y espontáneas, porque la biblioteca pública es un lugar de lectura y concentración, donde la gente no quiere ser importunada. Desde un principio tuvimos claro que lo mejor era recurrir a intercambios cortos y concisos para no incomodar demasiado a los usuarios. Cabe señalar que para la redacción de este artículo optamos por usar nombres ficticios cada vez que nos referíamos a un usuario en particular, para resguardar la privacidad de nuestros colaboradores de investigación.

La revisión bibliográfica, por su parte, se desarrolló como un proceso en el que se exploraron los puntos de vista de distintos autores y después se articularon y cotejaron dichas aportaciones teóricas con la experiencia obtenida a partir del trabajo de campo. Con esta conjunción se identificaron varias ideas principales que después se clasificaron e integraron, hasta dar forma a tres consideraciones socioculturales principales.

Pusimos un título a cada consideración, para comenzar a dar forma a nuestra redacción. La primera lleva por título: "Antes de comenzar, repensar nuestras nociones sobre la lectura", y se inspira en la reflexión que se hizo antes de incursionar en campo, en la cual los investigadores cuestionaron sus propios supuestos acerca de lo que es la lectura. Este proceso de inspección epistémica dio como resultado un rechazo a las nociones de matiz colonial, que ven a la lectura y la alfabetización como una herramienta capaz de llevar la cultura a quienes, supuestamente, no la tienen.

Los siguientes supuestos se titulan: "Más allá de la consulta tradicional: las prácticas en plural y el espacio"; y "La naturaleza social y cognitiva de las prácticas de lectura". Estos refieren, de forma más puntual, a la realidad diaria de las prácticas lectoras de las bibliotecas públicas, por lo que contienen descripciones de lo que se pudo observar en campo acompañadas de reflexiones teóricas. De tal modo que este trabajo es resultado de un proceso metódico de observación, introspección y categorización de ideas.

Antes de comenzar, repensar nuestras nociones sobre la lectura

Previo a iniciar cualquier trabajo de campo para investigar las prácticas lectoras en una biblioteca, es necesario tener claro que la lectura y la escritura no son asuntos neutros políticamente; por el contrario, están imbricados en relaciones de poder con mucho trasfondo histórico. Esto es particularmente notorio en los países que sufrieron los estragos del colonialismo occidental, donde la imposición de la lengua del conquistador garantizó el desarrollo de distintos procesos violentos de dominación cultural. Los colonizadores enaltecieron sus lenguas maternas y desestimaron sistemáticamente las de los pueblos conquistados. En consecuencia, las personas capaces de leer y escribir en las lenguas dominantes adquirieron un mejor estatus dentro de las sociedades coloniales de América Latina y el Caribe.

En palabras de Smith (2016), el colonialismo occidental consideró que la escritura era “la marca de una civilización superior” (p.55) y, al mismo tiempo, juzgó a las sociedades que no podían escribir al modo de los occidentales “como incapaces de pensar crítica y objetivamente, o de mantenerse distantes de las Ideas y las emociones” (Smith, 2016: 55). Emergió con fuerza el discurso que alegaba que la incapacidad de leer y escribir en la lengua de los colonizadores (la misma que hoy llamamos analfabetismo) era la causante de un supuesto atraso e inmadurez intelectual observable en la gente menos civilizada. Por ello, no sorprende que en la actualidad el adjetivo analfabeto siga usándose como insulto para agraviar a una persona por su falta de modales, educación o inteligencia.

En verdad, el acceso a la alfabetización nunca ha sido del todo igualitario. Quijano (1998) advierte que: “en la sociedad colonial sólo algunos entre los colonizados podrían llegar a tener acceso a la letra, a la escritura, y exclusivamente en el idioma de los dominadores y para los fines de éstos” (p.230). Entonces la lengua escrita se convirtió en un instrumento propio de los grupos urbanos, que tenían mayores oportunidades educativas que los campesinos (Quijano, 1998). Con el tiempo, esta situación desigual alimentó el estigma que dictamina que las clases populares son iletradas, que perdura hasta nuestros días.

Por otro lado, también existen discursos que describen al analfabetismo como un padecimiento que hay que combatir, como si se tratase de una epidemia que aqueja principalmente a las clases populares. Este discurso se puede rastrear hasta la primera mitad del siglo XX. Es visible en el trabajo de actores políticos de la época como José Vasconcelos (2011), quien en su momento describió las actividades realizadas por el entonces Departamento de Desanalfabetización en México como un servicio de emergencia. Señaló:

Había que proceder como en vísperas de guerra o frente a una calamidad como la peste. Peste es la ignorancia que enferma el alma de las masas. La mejor acción de patriotismo consiste en que enseñe a leer, todo el que sabe, a quien no sabe (Vasconcelos, 2011: 138).

Uno de los autores que criticó enérgicamente a la ideología que percibe al analfabetismo como una enfermedad fue Freire (1975). Denunció esta forma de pensar porque obliga a percibir a la alfabetización como una especie de remedio que la gente letrada debe suministrar a los analfabetos, para curarlos o darles cultura. Para Freire, esta perspectiva es ingenua y tiene consecuencias políticas claras, pues promueve la idea de que la alfabetización es una dádiva generosa de la gente que sabe, en vez de presentarla como lo que realmente es: un derecho que democratiza la lengua escrita y permite apropiarse la palabra para expresarla (Freire, 1968, como se citó en Barreiro, 2011).

Todo investigador debe estar al tanto del trasfondo histórico e ideológico asociado a términos como lectura, escritura y alfabetización. Es preciso que reconozca la existencia de supuestos ideológicos y prejuicios respecto a estos temas y, en nombre de la vigilancia epistémica, rompa con estas nociones para que pueda aproximarse, con rigor, al conocimiento de las prácticas lectoras. Es necesario que el investigador sea reflexivo y sepa que en su posición como académico puede ser cómplice de la reproducción de ideologías clasistas o de matiz civilizatorio. Debe estar al tanto de que existen ideologías que:

reproducen una estructura colonial, en la que el analfabeto aparece como alguien inferior o carente de cultura. Reconocer estas perspectivas, y entender que la lectura no es una práctica neutra ideológicamente, es necesario para adoptar mejores enfoques (la lectura como derecho). (Penagos, 2022: 30)

También es necesario que reconozcamos que existen otros sistemas de escritura además de la escritura de las lenguas dominantes, con igual derecho a existir y a no ser invisibilizados. Que el discurso civilizatorio de la modernidad europea encumbró a la escritura como una forma de expresión más culta que la oralidad, reforzando el estigma de que las personas o comunidades que se comunican solo por el habla son menos educadas (De Certeau, 1999). Esto evitará que el investigador caiga en imprecisiones, como asumir que quienes no saben leer en las lenguas dominantes carecen de cultura, como si las expresiones orales y las lenguas indígenas carecieran de valor.

La lectura y la escritura son prácticas socioculturales revestidas de sentido social, significado e historia, que nos permiten desarrollar nuestra inventiva y participar más activamente en el mundo de las interacciones humanas, pero también lo son otras prácticas fundamentales para el quehacer doméstico como hablar o cocinar. El problema es que el discurso académico de la modernidad tiende a desdeñar estas prácticas fundamentales para la vida cotidiana. Muchas veces reconoce a estas prácticas como cultura, pero les coloca la etiqueta de "cultura popular" para describirlas, sutilmente, como algo menos sofisticado que lo escrito. Para presentarlas como expresiones menos elevadas de la cultura, cuando en realidad, son modos de hacer capaces de germinar las más sensibles de las creatividades. Además, son el sedimento necesario de nuestras relaciones sociales en el día con día (De Certeau, 1999).

Como investigadores, debemos cerciorarnos de no ser meros repetidores del discurso ingenuo que entroniza a las prácticas lectoras y las ubica en el pedestal de la “alta cultura”. En este trabajo no nos referimos a las “prácticas socioculturales” para colocar a la lectura en una posición de superioridad cultural, sino para enfatizar que “el uso de la lengua escrita es una opción cultural compuesta por variadas prácticas comunicativas, formatos, significados y uso de la lectura y la escritura y portadora de infinitos contenidos, ideas y mensajes socialmente constituidos e históricamente desarrollados” (Kalman, 2003: 19). Para aludir a la naturaleza diversa, social y cambiante de los “modos de hacer lectura” en la vida cotidiana de las bibliotecas y otros espacios de interacción humana.

La noción de práctica apunta, necesariamente, a que leer y escribir son actos que se desarrollan en la vida productiva de la gente y que, por lo tanto, son empíricamente observables (Gutiérrez Valencia, 2009, Peroni, 2014). Por ende, las prácticas siempre están situadas en una realidad material y social específica que no se puede conocer a cabalidad desde el escritorio del investigador, es necesario explorar las prácticas de forma presencial, con ojos y oídos atentos. Con esto en mente, nuestro argumento es que, antes de emprender dicha labor, es necesario detenerse a repensar y evaluar, críticamente, nuestras propias nociones y prejuicios sobre la lectura y los lectores. Esto es un paso de la investigación que no se puede dejar pasar. Incluso, mientras realizamos el trabajo de campo, conviene mantener constantemente prendida la vigilancia epistémica. En suma, la investigación de las prácticas de lectura debe ser reflexiva y aspirar a hacer rupturas con los discursos históricamente arraigados, para no convertirse en una simple repetición de lo que dicta el sentido común sobre los temas relacionados a las prácticas de lectura

Más allá de la consulta tradicional: las prácticas en plural y el espacio

Cuando se busca conocer más acerca del tema de las bibliotecas públicas se suele recurrir a los manuales de bibliotecología, porque se trata de una disciplina especializada, que ha hecho grandes aportaciones a la gestión de bibliotecas. Sin embargo, los manuales de bibliotecología tradicional tienen ciertas limitaciones que sobresalen cuando se realiza un estudio de perspectiva sociocultural. Por lo general, se enfocan en la gestión de colecciones bibliográficas y prestan menos atención a la dimensión social de las prácticas lectoras. La bibliotecología de enfoque funcionalista, en particular, tiene un problema notorio: su carácter reduccionista. Suele encasillar a las bibliotecas públicas en una función determinada: proveer información. Al mismo tiempo, concibe a los usuarios como seres indiferenciados que buscan satisfacer su necesidad de información (Urbizagastegui, 1992), de tal modo que presta poca atención a las prácticas lectoras que no se circunscriben a la consulta de información.

Nadie pone en duda que las bibliotecas son lugares donde se recuperan datos de los libros, lo han sido desde tiempos antiguos, pero hay que tener cuidado y no asumir dicha realidad como un dogma inamovible. Además de la consulta de información tradicional, existe una diversidad de prácticas que pueden pasar desapercibidas para los investigadores que adoptan la función informacional como una especie de anteojera, que impide apreciar prácticas menos previstas por dicha función. En palabras de Petit (2018), es necesario internarse en la biblioteca para conocer todas las prácticas que posibilita, sin apartar la vista de todo lo que los usuarios inventan por fuera de la vocación original del lugar.

Cabe resaltar que hablar de prácticas, en plural, implica hacer referencia a una diversidad de maneras de hacer; distintas formas de realizar operaciones cotidianas, como la lectura. (De Certau, 2000). Existe una variedad de prácticas de lectura que se pueden explorar. Como sugiere Cassany (2006), no se lee igual un poema que un periódico o un instructivo. No solo los discursos que contienen son distintos, también hay diferencias en los soportes, en la manera de leerlos e incluso en los recursos de los que nos auxiliamos al realizar la lectura.

Pero, sobre todo, es necesario tener en cuenta que toda lectura que se realiza con intención plena supone una construcción de sentido (Montes, 2006). Nos orientamos según el sentido que deseamos construir: descubrir el misterio detrás de una historia de ficción, dilucidar lo que quiso decir un poeta, averiguar cuando ocurrió cierta revolución o entender el funcionamiento de un refrigerador. Buscamos y entendemos cosas distintas en cada texto y por ello “nos aproximamos de manera diferente a sus líneas” (Cassany, 2006: 22).

Para consultar un dato, por ejemplo, no recurrimos a la lectura de obras completas; más bien, escudriñamos los índices de varias obras para determinar si cuentan con el dato que precisamos. Si lo que necesitamos es saber en qué año se consumó la independencia de México, buscamos en libros sobre la historia de este país y nos dirigimos únicamente a las páginas que abordan el tema explícitamente. También podemos usar un buscador web o inteligencia artificial, introduciendo únicamente las palabras clave necesarias. Realizamos una lectura selectiva y dinámica para encontrar solamente los datos necesarios.

En cambio, si lo que buscamos es comprender en profundidad la historia de la independencia mexicana, una consulta de datos no será suficiente. Seguramente requeriremos buscar fuentes fiables, leer libros o capítulos completos, transcribir, subrayar páginas, realizar varias búsquedas en internet, pedir a una inteligencia artificial que elabore resúmenes de textos para poder analizarlos mejor o incluso recurrir al apoyo de profesores. En fin, consultar datos y estudiar en profundidad son prácticas diferentes porque suponen operaciones y procesos socioculturales distintos, de indagación, reflexión e interacción con otras personas. La lectura, como práctica sociocultural, se materializa en una diversidad de “conductas y formas de proceder de determinados actores, en consonancia con objetos o bienes culturales” (Romero Quesada, Linares Columbi y Rivera, 2017: 224), que pueden variar dependiendo del contexto, las personas y los propósitos. Al realizar una investigación en una biblioteca pública es prudente tener en mente que se puede practicar la lectura de muchas formas. Se puede leer en silencio, en voz alta, de corrido, de forma entrecortada, etc (Penagos, 2022).

También es necesario estar conscientes de la incesante incursión de dispositivos digitales en las bibliotecas públicas, tan característica de nuestro siglo XXI. Las computadoras personales, las tabletas y los teléfonos celulares se han convertido en objeto de uso común y, aunque sigue existiendo una gran desigualdad en el acceso a estas tecnologías digitales, sobre todo porque resultan impagables para los sectores más pobres de la población, no se puede negar su proliferación. Esta realidad transforma las prácticas de lectura. Cambian las modalidades de trabajo convencionales de las bibliotecas; aquellas que, por lo general, comienzan con la búsqueda de un libro en los catálogos o en las secciones de la biblioteca, para después encontrar uno o más libros útiles, ocupar una mesa de trabajo y consultar la información requerida en los textos guardando silencio.

Durante la realización de nuestras observaciones en la Biblioteca Pública Central del Estado de Chiapas nos percatamos de una constante aparición de aparatos digitales que se usaban, sobre todo, para leer y escribir. Definitivamente, el libro ya no es el único soporte de lectura dentro de las bibliotecas. Cada vez hay más bibliotecas públicas que disponen de computadoras con acceso a la red como parte de su oferta, pero incluso en los recintos donde el acceso a internet está restringido o limitado a ciertas áreas, como la Biblioteca Pública Central del Estado de Chiapas, se puede observar una proliferación de tecnologías que son traídas por los usuarios desde sus casas.

La cotidianidad de la Biblioteca Pública Central del Estado supone una convivencia constante entre tecnologías de lectura, desde las más antiguas, como el libro, hasta algunas más modernas como el teléfono inteligente y esto trae consigo prácticas lectoras que presentan variaciones con respecto a la consulta de libros tradicional. Presenciamos una muestra de ello en nuestra visita del 4 de julio de 2024, cuando encontramos a un grupo de jóvenes conformado por una mujer y dos hombres que habían ocupado una de las mesas de trabajo, cerca de la sección "Historia, geografía y disciplinas auxiliares". Sin embargo, no se acercaban para sacar libros de los estantes.

No eran geógrafos ni historiadores; se trataba de un grupo de estudiantes de medicina, que se preparaba para un examen de la universidad. Usaban dos tabletas electrónicas y teléfonos celulares que traían consigo desde sus casas. Cada uno contaba con información contenida en sus dispositivos y la leían de forma offline (sin usar internet) a través de las pantallas. Su forma de practicar la lectura no era del todo silenciosa, como se esperaría en una biblioteca pública; en vez de eso, intercambiaban constantemente sus puntos de vista y opiniones con los demás. El volumen de su voz era modulado y no molestaba porque la biblioteca es espaciosa, llena de mesas largas de trabajo. Leían por ciertos intervalos de tiempo y hacían pausas para discutir la información o incluso para hacer pequeños desvíos y distraerse hablando de otros temas.

El hecho de que este grupo de jóvenes no recurriera a los libros de los estantes no los hace menos usuarios de la biblioteca. Conviene recordar que las mesas, las sillas y, sobre todo, el espacio cómodo y sereno también son recursos de la biblioteca. Al conversar con nosotros, Ernesto, uno de los estudiantes, resaltó precisamente esto último: la tranquilidad, como uno de las principales virtudes del espacio de la biblioteca y, en contraposición, destacó la falta de aire acondicionado como una de las principales falencias. Ambas observaciones refieren directamente a lo que se siente en el espacio: tranquilidad, un atributo favorable, y calor, un aspecto perjudicial. Ernesto no hizo referencia a los libros, porque no tenía intención de utilizarlos, le interesaba más disponer del espacio, de las mesas, del ambiente y la calma.

Esto es interesante porque, a menudo, cuando se habla de las bibliotecas y de las prácticas de lectura en general, se suele tener un punto de vista excesivamente centrado en el libro, cuando existen otros soportes de lectura e incluso otros formatos digitales, además del impreso tradicional. Asimismo, existen otros recursos bibliotecarios relevantes, y el espacio, el más elemental de todos, no puede pasar inadvertido. Muchas veces, en vez de buscar libros para las prácticas de consulta tradicional, los usuarios precisan espacios dignos y aptos para desarrollar sus propias prácticas, haciendo uso de sus propios recursos y de su propia información.

Hay que escuchar a los nuevos usuarios, porque quizás estén en busca de algo más que solo libros. La espacialidad de la biblioteca adquiere una renovada importancia, porque existe una diferencia notoria entre el espacio y el tiempo que se percibe dentro de la biblioteca y el que se vivencia afuera. Como en los parques y otras áreas públicas, no hay itinerarios que el usuario esté obligado a acatar. Hay horarios de apertura y de cierre, naturalmente, pero en medio de ellos hay una especie de suspensión del frenetismo de la calle y de las oficinas, esa diferencia se siente y muchos usuarios van a buscar esos espacios diferentes, donde la tranquilidad es norma institucional.

Pensemos en el caso de Alberto, un estudiante universitario que llegó una tarde de julio a la biblioteca cargando un libro voluminoso y su computadora. Se ubicó en el área central de la biblioteca, donde se encuentran las mesas grandes de trabajo. Frente a él, colocó su computadora portátil, junto al libro. Dispuso los dos objetos para que quedaran cómodamente posicionados, para hacer uso de ambos. En silencio comenzó a leer y, después de un rato inmerso en las páginas, dedicó unos minutos a la computadora. Dirigía su atención a la pantalla y luego regresaba al libro. Así estuvo un buen lapso de tiempo.



Se veía concentrado, por lo que no quisimos perturbar su lectura. Tiempo después comenzó a prepararse para irse, entonces sentimos que era el momento oportuno para aproximarnos y hablarle. Luego de saludarnos, nos permitió realizar una entrevista breve. Nos comentó: “Estuve leyendo un poco sobre un tema que estoy profundizando que es sobre la revolución y... analizándolo, mientras leo un apartado que tengo pendiente”. Comenzaron a despejarse nuestras dudas. Quisimos saber más y preguntamos:

Investigador: ¿El libro lo traes tú?

Alberto: Si, si claro.

Investigador: ¿es tuyo?

Alberto: Si.

Investigador: Ah, no lo consultaste aquí en la biblioteca.

Alberto: No está este libro acá.

Investigador: Entonces vienes sobre todo por...

Alberto: El espacio.

Investigador: ¿Por el espacio y la tranquilidad?

Alberto: Si, exactamente.

El joven estaba realizando una investigación para la universidad. Como parte del proceso, estudiaba a profundidad, un libro de su propiedad que, según nos comentó, no se hallaba en la colección de la biblioteca. Alternaba la lectura del tomo con la revisión de otro escrito en su computadora. Con su práctica articulaba dos tecnologías de la lectura: el libro y la computadora, para materializar sus objetivos investigativos. Alberto no era un usuario que asistió orientado por su necesidad de información, sino uno motivado por su necesidad de calma.

Al igual que Alberto, la mayoría de las personas requerimos algo más que libros, computadoras y cuadernos para practicar la lectura a profundidad eficientemente. Necesitamos tiempo y espacio libre de distractores para reflexionar apropiadamente, porque la lectura en profundidad desafía a nuestra capacidad de razonar más que otras formas menos exigentes de lectura. Demanda "combinar ideas y conceptos para obtener conclusiones" (López Roblero, 2024 :34). Aventurarnos a hacer construcciones de sentido más allá de la simple memorización de los datos. Mediante esta práctica, el lector trata de comunicarse mejor con el autor. Busca evitar que el ruido del mundo contamine su mente, para alcanzar reflexiones propias a partir de las ideas que le propone el texto. Leer en profundidad es un esfuerzo mental, pero hasta para pensar requerimos espacios adecuados donde aislarnos un poco de todo y la biblioteca, más allá de un refugio de libros, es un espacio abierto donde nuestra mente puede meditar e imaginar cómodamente.

En síntesis, consideramos que lo más sensato al hacer una investigación de campo en una biblioteca pública es evitar caer en el librocentrismo, que se enfoca excesivamente en la consulta tradicional de los libros dispuestos por las colecciones bibliográficas. Muchas veces, esta forma de pensar nos impide abrir el criterio para prestar más atención a las formas de lectura en formato digital o a las prácticas que combinan soportes tradicionales con tecnologías digitales. También conviene reivindicar el espacio y reconocer su importancia como posibilitador o inhibidor de las prácticas de lectura. Cuando tomemos en cuenta estos aspectos, podremos ser partícipes de otra clase de necesidades de los usuarios, además de la necesidad de información. A fin de cuentas, si hay algo que sobra en el siglo XXI es, precisamente, la información.

La naturaleza social y cognitiva de las prácticas de lectura

El estereotipo retrata al lector de biblioteca como una persona que lee en solitario, sumergida en búsquedas silenciosas o absortas por una novela. Está claro que siempre hay momentos en los que requerimos apartarnos para trabajar y que mucha gente prefiere no ser importunada mientras lee, pero no por ello la lectura y la escritura son prácticas asociales. El nexo que establecemos con un autor, por ejemplo, es una forma de comunicación social, por más que el escritor de un texto publicado en un libro, revista o internet no nos conozca de antemano.

Asimismo, nos relacionamos socialmente con otros lectores cuando: creamos grupos en redes de mensajería como WhatsApp, debatimos las ideas de un libro o redactamos un correo electrónico a un ser querido; todas estas formas de interacción demuestran que “los eventos de lectura y escritura que surgen en la vida cotidiana se disponen con fines comunicativos” (Kalman, 2003: 42). A través de ellas, expresamos toda clase de cosas: información, sentimientos, instrucciones, poesías, etc.

La lectura es una práctica de naturaleza social. Aprendemos a leer y a escribir en la interacción con un padre, una madre o un profesor. Incluso, a veces aprendemos de la mano de personajes inesperados en los lugares más insólitos. Como le pasó al cantor argentino Facundo Cabral (2024), quien reveló en entrevistas que aprendió a leer en prisión, gracias a un jesuita llamado Simón. Por medio de una colección de letras de madera, el religioso enseñó a un joven Cabral a conjugar vocales y consonantes para formar palabras como agua y pan. También lo introdujo a la biblioteca, lugar que el artista describió como su primer paraíso (Facundo Cabral, 2024). Con ese aprendizaje, Cabral inauguró una estrecha relación de complicidad con los signos escritos que perduró toda su vida. “Me enamoró de las letras. Él me enseñó a leer y escribir” (Facundo Cabral, 2024, 3m23s), confesó el artista al recordar a Simón.

Con el tiempo, Cabral desarrolló su capacidad de escribir y llegó a convertirse en un reconocido compositor. Escribía mucho, sobre todo canciones, práctica que le permitió comunicarse con miles de personas en el mundo. Pero nunca olvidó a Simón, porque fue una persona relevante que actuó como mediador entre él y la cultura escrita. Su relación con el religioso y el vínculo con su público fueron fundamentales para que Cabral desarrollara su potencial como artista. Esta experiencia refleja la importancia que tienen las interacciones humanas a la hora de aprender a practicar la lectura y la escritura. Como sugiere Petit (2015): “Si el niño tiene competencias lingüísticas estas se despliegan por medio de una intersubjetividad con el adulto. Solo un rodeo por el otro permite poco a poco dar forma y sentido, construir significación y encaminarse al lenguaje verbal” (p.84).

Aprendemos a leer en el mundo social, para participar en él. No entramos solos por los portones de la cultura escrita, siempre lo hacemos de la mano de mediadores. En la vida cotidiana, nos familiarizamos con los usos sociales de la lectura y la escritura en la medida que tenemos la oportunidad de participar en contextos donde se dinamiza y utiliza la lengua escrita como parte de intercambios sociales con otros lectores (escuela, trabajo, iglesia, etc.) (Kalman, 2003). Asimismo, la meditación solitaria no es la única forma de comprender un texto, también construimos sentido en el intercambio de ideas con otras personas. Muchas veces, escuchar el punto de vista de alguien más sobre un texto nos permite ampliar horizontes, observar ángulos que no habíamos visto y abrir nuestra lectura a otras posibles interpretaciones. A pesar de ello, la idea de que leer es una actividad estrictamente individual permanece con fuerza hasta nuestros días.

En palabras de Díaz Ordaz Castillejos y Lara (2012) leer, comprender y escribir son “actividades lingüísticas cognitivas y socioculturales que permiten a los individuos, al ir construyendo con los demás un conocimiento compartido del mundo, usar el lenguaje como instrumento de comunicación personal y social” (p.48). En las bibliotecas públicas germinan múltiples procesos de aprendizaje que no se limitan al repaso solitario y silencioso de los libros. Durante nuestra estancia en la Biblioteca Pública Central del Estado, reconocimos eventos en los que la lectura y la escritura se practicaban socialmente, como parte de procesos intersubjetivos de formación educativa.

En nuestro cuarto día de observación, el miércoles 26 de junio de 2024, vimos a dos mujeres adultas, Ana y Graciela, que entraban a la biblioteca. Entre sus manos llevaban lápices, libretas, hojas tamaño carta y un libro. Pronto ocuparon una de las mesas grandes y comenzaron a conversar entre ellas. Unos 10 minutos después, llegó otra mujer adulta, Patricia, que las saludó cordialmente y se unió a la conversación. De repente, comenzó a revisar con detenimiento una hoja de papel que traían consigo Ana y Graciela. La leía con esmero y hacía observaciones acerca de la redacción en dicha hoja. Entonces nos percatamos de que Patricia ejercía un papel enseñante y que, en consecuencia, Ana y Graciela estaban aprendiendo de ella.

En efecto, presenciábamos una asesoría impartida por Patricia, quien es una profesional del Instituto Chiapaneco De Educación Para Jóvenes Y Adultos (ICHEJA). Este organismo se encarga de distintos proyectos culturales y uno de sus principales propósitos es enseñar a leer y a escribir a los chiapanecos y chiapanecas. Patricia leía con atención una serie de textos realizados previamente por Ana y Graciela. Mientras tanto, sugería correcciones a sus aprendices. Mencionó, por ejemplo, que la letra de Ana no se entendía bien y le aconsejó mejorar la claridad de sus grafías. Sus aprendices no permanecían pasivas; rápidamente hacían preguntas y solicitaban orientaciones. Patricia respondía amablemente a sus inquietudes y a menudo leía algunos párrafos de las hojas en voz alta, para resaltar sus observaciones ante sus aprendices.

Es pertinente remarcar que Patricia, Ana y Graciela son usuarias de la biblioteca. No recurren a los libros, pero aprovechan el espacio, las mesas, las sillas, el silencio y la calma del lugar para practicar la lectura con fines didácticos, como parte de un proceso de enseñanza-aprendizaje. En casos como este, el aprendizaje se da en medio de procesos de colaboración, en los que se articulan la lectura, la escritura y la oralidad. Vale la pena destacar la presencia del habla en la práctica lectora de estas usuarias, sobre todo porque, muchas veces, se descuida al lenguaje hablado cuando se discuten temas relativos a la lectura y la escritura.



Como investigadores, debemos tomar en cuenta a la oralidad que aparece cuando los usuarios leen un texto en voz alta, pero también debemos ocuparnos de la oralidad que emerge cuando los lectores hablan entre sí, durante una sesión de trabajo colaborativo. Esos intercambios no son simples interrupciones, son intervenciones culturales de gran relevancia, que inciden directamente en la forma en que se comprende el contenido de los textos y son fundamentales para el proceso de alfabetización. El habla no es algo contrapuesto al acto de leer, pensar así es poco sensato porque en la vida cotidiana la oralidad, la lectura y la escritura son aristas de un mismo prisma: el de la comunicación humana. Para aprender, necesitamos comunicarnos de múltiples maneras, no solo por escrito.

Patricia, Ana y Graciela se encontraban en un entorno bibliotecario donde la normativa institucional impedía hacer demasiado ruido. No obstante, notamos que dicha regla no eliminaba por completo el habla en el recinto. Estas usuarias se las arreglaban para hablar entre ellas. Regulaban su voz para no molestar a nadie y los bibliotecarios no se oponían a su labor. Después de todo, la intención de las usuarias no era hacer bullicio. Participaban de un proceso serio de formación. Buscaban aprender y enseñar; actividades culturalmente valoradas en las bibliotecas públicas.

En las bibliotecas no solo se producen eventos donde se aprende a escribir, también se practica la escritura en colaboración. Esto no es extraño, pues gracias a las tecnologías digitales del siglo XXI, cada vez hay más gente familiarizada con la práctica de la escritura en equipo. Funciones como Google Docs permiten que varios internautas trabajen en un mismo documento, sin depender de la copresencia e, incluso, de forma no sincrónica. La implementación de esta clase de herramientas suele estar acompañada del uso de chats en los que las personas discuten por escrito, al mismo tiempo que escriben en el documento. La naturaleza hipertextual del texto en línea, sin duda, ofrece facilidades para la práctica grupal de la escritura.

La efervescencia de las tecnologías digitales abre posibilidades inusitadas para el trabajo colaborativo, pero no ha borrado las modalidades de trabajo presencial del mapa. Las bibliotecas públicas son un campo fértil donde explorar esta clase de prácticas socioculturales. Nos dimos cuenta de ello una tarde de junio de 2024. Nuevamente, observamos a un grupo de tres mujeres: Delia, Teresa y Paula. Se sentaron una al lado de la otra en una de las mesas largas, con Delia en el medio. Las tres contaban con computadoras portátiles que usaban para escribir. Presenciábamos como recorrían sus manos por el teclado hasta que, de repente, Paula, la más joven del grupo, se detuvo y solicitó amistosamente la atención de sus compañeras. Comenzó a leer, con voz moderada, mientras las otras escuchaban.

Por momentos, Delia detenía el flujo de la lectura y hacía algunas sugerencias para corregir el trabajo de Paula. Según lo que alcanzábamos a escuchar, estaban trabajando en un informe escolar, pues hablaban acerca de alumnos, salones y tareas. Las observaciones de Delia referían, sobre todo, a la redacción de su compañera. Le ejemplificaba cómo lo habría redactado ella y aconsejaba cambios para mejorar el escrito. Era obvio que Delia tenía experiencia trabajando esa clase de textos y que quería contribuir a perfeccionar el documento de Paula. También hacía observaciones sobre el trabajo de Teresa. A juzgar por la expresión de tranquila concentración que se podía notar en los rostros de Paula y Teresa, tomaban muy en cuenta las intervenciones de su colega. Así, continuaron alternando su escritura con intercambios hablados hasta que, después de un rato de labor incesante, Paula y Teresa comenzaron a despedirse de Delia. Levantaron su computadora portátil y se encaminaron a la salida del lugar, conversando cordialmente entre ellas.

Delia se quedó trabajando sola. Entonces decidimos que era buen momento para tener un intercambio breve con ella. Ratificamos nuestra sospecha: las tres mujeres eran profesoras de educación especial, es decir, trabajaban enseñando a niños y niñas con discapacidad. Nos sorprendió enterarnos de que estas usuarias se reunían en la biblioteca cada tres meses para trabajar, de manera conjunta, en los expedientes de sus alumnos. Al compartir profesión, las tres se ayudan mutuamente. Están en sintonía. Cada una hace aportaciones desde su propia experiencia, bagaje teórico y conocimiento acerca de las modalidades de lenguaje y redacción que se emplean a la hora de redactar expedientes.

En este caso, no solo la comunicación entre el lector y el autor es un proceso social, también lo es la producción misma del documento. Cada una de las mujeres intervenía con sugerencias para el trabajo de sus compañeras y se puede decir que, aunque el escrito final corresponde a un autor individual, cada una deposita en su texto un poco de la voz y el criterio de sus compañeras. Cada una trata de aprovechar lo mejor del conocimiento de sus compañeras para perfeccionar su redacción, porque lo que tienen entre manos es un documento relevante. Se trata del expediente escolar de unos niños con discapacidad, que seguramente será leído por sus superiores o por otros profesionales de la educación.

Así, podemos darnos cuenta de que los textos importantes que redactamos en la vida social y laboral son los que tienen fines comunicativos. Aquellos que buscan hacer llegar nuestra voz a otras personas. Por ello, les ponemos más empeño. Nos comprometemos más que las notas o apuntes que escribimos para nosotros mismos. Pedimos a un amigo que nos lea o contamos con colaboradores, editores, revisores, jefes o tutores que se encargan de leer nuestra redacción antes de que salga a la luz. A veces, es nuestra propia pareja sentimental quien interviene para revisarnos o por lo menos para criticarnos o influenciarnos, como pasaba entre Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre (Coşkuner, 2015). Recurrimos a otras personas para que se cercioren de que expresamos bien nuestros planteamientos.

Lo curioso es que, como señala Lerner (2001), los propósitos comunicativos de la escritura propios de la vida social no siempre resultan naturales en el contexto de la educación básica más tradicional, donde se priorizan las situaciones que facilitan evaluar la capacidad individual del alumno para comprender o leer con fluidez, y se presta menos atención al desarrollo de las habilidades sociales necesarias para desarrollar proyectos escritos en colaboración con otras personas. La biblioteca pública, en cambio, es un espacio multitudinario en el que no hay tareas preestablecidas. Por ello, sigue siendo un lugar interesante para estudiar la amplia variedad de prácticas socioculturales de lectura y escritura que se realizan por los más variados propósitos.

Conclusiones

Investigar las prácticas lectoras de una biblioteca pública es una tarea que requiere rigor metodológico. En primer lugar, es necesario detenerse y repensar las nociones o prejuicios que, como investigadores, podemos tener acerca de la lectura y los lectores. Este ejercicio de vigilancia epistémica es relevante porque nos permite elaborar descripciones reflexivas de lo que observamos, sin reproducir ideologías que presentan a las formas orales del lenguaje como algo menos sofisticado que la comunicación escrita o que refieren a la poca lectura o el analfabetismo como una propiedad intrínseca de gente poco inteligente o civilizada. Aunque estos supuestos siguen enraizados en el sentido común de muchas personas, como investigadores debemos abrir horizontes críticos y elaborar informes que amplíen la comprensión común de las prácticas de lectura.

Además, es preciso rastrear, de forma presencial, los modos de hacer lectura de los usuarios en la cotidianidad de la biblioteca. Esto nos permitirá ofrecer relatos capaces de explorar la lectura en su quehacer diario, más allá del estereotipo del usuario de información silencioso y solitario. Mediante el trabajo de campo, podemos abrir una ventana a lo que sucede en espacios públicos como la escuela, la iglesia o la biblioteca para dar cuenta de las prácticas de lectura sin desatender su carácter diverso y sin perder de vista la importancia de la espacialidad en los procesos lectores.

Finalmente, es crucial prestar atención a los procesos de aprendizaje que involucran a las prácticas de lectura, sin enfocarse únicamente en el repaso personal de los libros o en la consulta individual de información. La lectura y la escritura son prácticas fundamentales en las relaciones afectivas, laborales y educativas de los seres humanos, que se aprenden mediante interacciones y mediaciones sociales en las que participan, simultáneamente, la escritura y la oralidad. Considerar otras prácticas además de la consulta de información de los libros nos abre nuevas posibilidades de estudio. Permite indagar: los procesos sociales de aprendizaje de la lengua escrita, las dinámicas de comunicación implícitas en muchas de las prácticas lectoras cotidianas y la emergencia del uso de otra clase de tecnologías de lectura además del libro tradicional. Sin duda, adoptar una perspectiva sociocultural permite enriquecer nuestro conocimiento sobre la lectura y como se practica en el día con día de las bibliotecas públicas.

Referencias

Barreiro, J. (2011). Educación y concienciación. En P. Freire. (Ed.), *La educación como práctica de la libertad* (pp. 9-20). Siglo Veintiuno Editores.

Blanco, C. (2010) La vigilancia epistemológica en Ciencias Sociales: un compromiso ineludible. En Primer Simposio Internacional Interdisciplinario. Aduanas del Conocimiento. Recuperado de: https://www.academia.edu/40782358/La_vigilancia_epistemol%C3%B3gica_en_Ciencias_Sociales_un_compromiso_ineludible_Reflexiones_desde_la_sociolog%C3%ADa_del_conocimiento_de_Pierre_Bourdieu

Cassany, D. (2006). *Tras las líneas, sobre la lectura contemporánea*. Editorial Anagrama.

CERLALC-UNESCO. (3 de octubre de 2013). Entrevista a Daniel Goldin, Director de la Biblioteca Vasconcelos de México. [Archivo de Vídeo]. Youtube. https://www.youtube.com/watch?v=_NCP78Vvrwo&t=310s

Coşkuner, C. (2015). The Impacts of Jean Paul Sartre on Simone De Beauvoir. *GSTF Journal of General Philosophy*, 1(2), 72-77. <https://doi.org/10.7603/s40873-014-0008-y>

De Certau, M. (1999). *La invención de lo cotidiano II: habitar, cocinar*. Universidad Iberoamericana

De Certau, M. (2000). *La invención de lo cotidiano I: artes de hacer. I*. Universidad Iberoamericana

Díaz Ordaz Castillejos, E. M. y Lara, F. (2003). La enseñanza de la lectoescritura y la competencia literaria. *Devenir* (20), 47-55.

Facundo Cabral. (6 de enero de 2024). *Facundo Cabral - Autobiografía (1946 - 1954)*. [Archivo de Vídeo]. Youtube. https://www.youtube.com/watch?v=i7uOWqZ_c58

Freire, P. (1975). *Acción cultural para la libertad*. Tierra Nueva.

Gutiérrez Valencia, A. (2009). El estudio de las prácticas y las representaciones sociales de la lectura: Génesis y el estado del arte. *Anales de Documentación* 12 , 53-68.

Hernández Zamora, G. (2021). De la alfabetización y la lectoescritura a la literacidad. *Enlaces Xochimilco* (28), 25-34

Kalman, J. (2003). El acceso a la cultura escrita: la participación social y la apropiación de conocimientos en eventos cotidianos de lectura y escritura. *Revista Mexicana de Investigación Educativa* 8 (17), 37-66

Kalman, J. (2003). *Escribir en la plaza*. Fondo de Cultura Económica

Lerner, D. (2001). *Leer y escribir en la escuela: lo real, lo posible y lo necesario*. Fondo de cultura económica.

López Roblero, R. (2024). *Leer para razonar el mundo en la era de la inteligencia artificial IA*. Editorial Fray Bartolomé de las Casas

Montes, G. (2006). *La gran ocasión, la escuela como sociedad de lectura*. Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación.

Penagos Santoyo, J. E. (2022) *Pandemia y prácticas lectoras en la comunidad infantil "La Montañita" de Cristóbal Obregón, Chiapas [Tesis de Maestría]*. Universidad Autónoma de Chiapas.

Peroni, M. (9 de marzo de 2014). *La lectura como práctica social. Los equívocos de una evidencia*. Fundación UPEL. <https://fundaupel.wordpress.com/2014/03/09/523/>

Petit, M. (2015). *Leer el mundo experiencias actuales de transmisión cultural*. Fondo de cultura económica.

Petit, M. (2018). Introduction. En C. Balley, R. Ladefroux, & I. Rossignol, *De la biblio-thèque au droit de cité: Parcours de jeunes* (pp. 7-27). Éditions de la Bibliothèque publique d'information. <https://doi.org/10.4000/books.bibpompidou.1914>

Quijano, A. (1998). Colonialidad del poder, cultura y conocimiento en América Latina. *Ecuador Debate*, (44), 227-238. <http://hdl.handle.net/10469/6042>

Romero Quesada, M. A., Linares Columbié, R. y Rivera, Z. (2017). *La lectura como práctica socio-cultural*. Bibliotecas. *Anales de investigación*, 13(2), 224-230.

Smith, L. T. (2016). *A descolonizar las metodologías. Investigación y pueblos indígenas*. Lom ediciones.

Urbizagastegui, R. (1992). El rol de las bibliotecas: un análisis de dos paradigmas socio-lógicos. *Investigación Bibliotecológica: Archivonomía, bibliotecología e información*, 6(12), 34-41. <https://doi.org/10.22201/iibi.0187358xp.1992.12.3807>

Vasconcelos, J. (2011). *La creación de la Secretaría de Educación Pública*. Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.